

Juan Prat y Coll

El nuevo rumbo de la Historia

Reflexiones en tiempos de crisis



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE HISTORIA, n°11—

MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JUAN PRAT Y COLL

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Directora de la colección: ALICIA ARÉS
Edición: LETICIA MERCADO

Diseño: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Marzo 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-12-9
Depósito legal: M-7203-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Í N D I C E

Introducción	9
Las pandemias en la Historia	15
La lucha contra el cambio climático	19
El posible fin de la hegemonía de «Occidente».	27
Afganistán y la pujanza del islamismo radical	37
El nuevo escenario Oriental: China	49
Los Estados Unidos	69
La Rusia eterna	73
La vieja Europa	79
África e Iberoamérica	93
La India	97
¿Quién controlará las nuevas tecnologías?	101
Paradojas	107
Un mundo inestable	115
Conclusiones y comentarios finales provisionales	119
Epílogo	129
Bibliografía	137

EL NUEVO RUMBO DE LA HISTORIA

REFLEXIONES EN TIEMPOS DE CRISIS

INTRODUCCIÓN

Ciertas señales preceden a ciertos acontecimientos

CICERÓN

Estaba yo el 8 de febrero de 2020 (la fecha es importante) con una vieja amiga holandesa que se había presentado de imprevisto en Bruselas. Como mi mujer no estaba disponible aquel día, tuve el placer de llevarla a almorzar a una *brasserie* en el Bois de la Cambre, a poca distancia de casa. Ella, una persona cosmopolita, elegante y atractiva, que ha vivido muchos años en Shanghái, había venido de La Haya, aprovechando el viaje de ida y vuelta en el día de una persona cercana a la familia real.

En el transcurso de nuestra animada conversación, que se inició ya en casa tomando un aperitivo, me sorprendió con una pregunta: «¿Tú no crees que el fin del mundo puede venir de una gran pandemia que acabe con la vida en la tierra?». En aquel momento no se hablaba aun públicamente de un cierto «coronavirus», que hoy es ya conocido como el causante de

la enfermedad de la COVID-19, aunque los más expertos y bien informados empezaban a estar ya al corriente de su reciente aparición, presuntamente en un mercado chino de la ciudad de Wuhan.

Por el tipo de pregunta intuí que su preocupación no podía provenir más que de alguna conversación en el entorno de la casa real holandesa ya que, desde mi estancia en los Países Bajos, había podido comprobar que en esa familia siempre han estado muy puntualmente informados de lo que pasa en el mundo.

Aunque la gente no es consciente de ello, los miembros de las familias reales europeas suelen estar siempre más al día que la mayoría de los políticos, ya que el seguimiento que pueden hacer de los acontecimientos es más reposado y se prolonga normalmente en el tiempo más que la estancia de los políticos en el poder. Todo esto sin contar con la red de contactos de la que disponen, más escogida y diversificada que la del común de los mortales, amén de un profundo conocimiento de la Historia, que «han mamado» desde su infancia y que les permite contextualizar las cosas mucho mejor.

A esa entonces sorprendente pregunta le respondí que no lo había considerado, pero que, a bote pronto, veía más bien el fin de nuestro mundo como un proceso gradual de destrucción de la naturaleza, acelerado y potenciado por la acción del *Homo sapiens*, una especie con una desmesurada

capacidad destructiva, cada vez más numerosa en el planeta y menos resistente que otras, como las hormigas, las cucarachas, las ratas o las medusas, que probablemente nos sobrevivirán, aunque acabarán también por extinguirse.

Siempre he imaginado la Tierra como un planeta muerto, dentro de muchos miles de años, por su degradación paulatina debida a una combinación de causas naturales y provocadas, como la destrucción despiadada y sistemática de la Amazonía por ejemplo, o los pavorosos incendios que se producen cada vez más a menudo en grandes e importantes zonas forestales de California, China o Siberia, así como por terremotos, erupciones volcánicas, el deshielo de los polos, el impacto de un gran meteorito o la progresiva disminución de la capa de ozono, debida a la excesiva emisión de gases de efecto invernadero. Este tema nos llevó a una interesante discusión surgiendo, como no podía ser de otro modo, el tema de la necesidad perentoria de la defensa del medio ambiente, de la lucha contra el cambio climático y el calentamiento y contaminación de los mares, fenómenos, todos ellos altamente destructivos. Esa conversación me dejó durante unos días más pensativo y preocupado que de costumbre.

Desde aquellas fechas, ante la sorpresa de todos, ha ido introduciéndose en nuestras vidas ese coronavirus, primero como una epidemia de las que aparecen de tarde en tarde en países lejanos, producidas por un virus que decide pasarse,

sin saberse por qué, de los animales a los hombres, como el SARS, el SIDA o la gripe aviar.

Pero la verdad es que esta vez el brote inicial ha acabado expandiéndose rápidamente, ayudado, sin duda, por la enorme movilidad de la gente, la facilidad y velocidad de las comunicaciones, todo amplificado por el sensacionalismo alarmista de nuestros medios de información y redes sociales. En consecuencia, esta pandemia se ha transformado ya, por su duración y complejidad, en una de las que estarán llamadas a formar parte de la historia de la humanidad.

A finales del verano de 2020 la prensa mundial ya informaba que la pandemia se había abatido, como un ciclón, con más o menos intensidad, sobre Europa, China, Corea y Japón, así como sobre Estados Unidos, Rusia, India, Brasil y otros países suramericanos; estaba afectando gravemente a África y a otras de las zonas más pobres del planeta, y nos obligaba a todos a aislarnos los unos de los otros, en un mundo paradójicamente más peligrosamente globalizado e integrado que nunca.

En otoño de 2021 el virus rebrotó en todas partes, pero parece claro que, a pesar de una nueva mutación en diciembre, esta vez no va a ser aún el fin de la pandemia ni de nuestro mundo. Lo que sí es evidente, sin embargo, es que muchas cosas han empezado ya a cambiar, como ha sucedido después de todas las grandes pandemias —antes se llamaban a

menudo «pestes» o «gripes» que en el transcurso de la Historia se han ido sucediendo.

No obstante, desde el punto de vista sociológico, lo más novedoso esta vez respecto a todas las anteriores pandemias ha sido la violenta y continuada oposición de sectores importantes de la población, en los más distintos lugares del mundo, a las vacunas que en un tiempo récord se han hecho accesibles para luchar contra ese nuevo y desconocido virus. Esto habría sido impensable hace menos de un siglo y responde a la hipersensibilidad crítica de las gentes ante cualquier decisión política de las autoridades que pueda suponer de alguna manera un atentado contra su voluntad y la libertad de decidir sobre su propio cuerpo. Dicha reticencia por parte de la población ha sido más evidente en las democracias liberales, aunque no de forma exclusiva, pues en ellas la opinión pública es cada vez más propensa a poner en tela de juicio las directrices de los gobiernos, sean del signo que sean, y una parte de la población se inclina cada vez más hacia posiciones radicales a veces difícilmente identificables como de derechas o izquierdas, como fue el caso de los chalecos amarillos en Francia, el de los camioneros en Canadá o el de los que asaltaron el Capitolio en Washington.

LAS PANDEMIAS EN LA HISTORIA

Las bacterias y los virus son unos grandes asesinos colectivos que han surgido cíclicamente y han ocasionado grandes catástrofes por su elevado grado de mortalidad, pero hasta ahora no habían conseguido provocar «el fin del mundo», aunque en cada ocasión en que han aparecido han contribuido, eso sí, a acabar con la sociedad del momento y a abrir paso a nuevas épocas históricas.

Así sucedió, como nos cuentan, cuando en el año 541 el Imperio Bizantino fue azotado por una terrible epidemia de peste (la plaga de Justiniano) y su capital, Constantinopla, perdió una cuarta parte de sus habitantes. El propio emperador estuvo a punto de morir en un momento en que su reinado pasaba por una etapa de gran esplendor.

Aquella peste rebrotó y llegó más tarde a Roma, en 590. El papa organizó una gran procesión para pedir ayuda al Santísimo; cuenta la leyenda que cuando la multitudinaria comitiva llegaba al mausoleo del emperador Adriano, se apareció el arcángel san Gabriel en lo alto del monumento y, desenvainando su espada de fuego, detuvo la epidemia. Desde entonces, el colosal y emblemático monumento romano, que

ha resistido a todas las guerras y terremotos, es conocido como el «Castel Sant' Àngelo». La peste de Justiniano no fue el primer ataque vírico a gran escala que padeció la humanidad, porque existen claros indicios de que los hubo desde el principio de los tiempos, según atestigua la propia Biblia. Pero sí es el primer caso bien conocido y documentado de una pandemia de la que se conservan detalladas fuentes escritas.

La importancia histórica de aquella pandemia radica en que produjo un cambio de ciclo, o el paso de una época a otra, siendo en gran parte la responsable del debilitamiento y caída del Imperio romano de Oriente, a la que contribuyó asimismo la llegada de los «reinos bárbaros» a Europa, que a su vez supuso el tránsito del mundo clásico a la llamada Edad Media.

Para el lector español, merece la pena señalar, como ha escrito recientemente el hispanista Stanley Payne¹, que la conquista islámica que tuvo lugar entre los años 711 y 718 y que cambió para siempre la historia de la Península Ibérica, coincidió con una enorme y prolongada sequía y unas terribles epidemias que produjeron una mortandad elevada, todo lo cual facilitó la invasión árabe que iniciaba una nueva y trascendental fase de nuestra historia.

Una nueva pandemia haría su aparición en nuestro continente en 1347, bajo el apelativo bien conocido de «la peste

1. *En defensa de España*. Planeta, 2017, pág. 42.

negra», que sembró muerte y destrucción en toda Europa y cuyos efectos sociales y económicos una vez superada acabaron contribuyendo al siguiente gran cambio histórico, que supondría el fin de la Edad Media y la eclosión del Renacimiento.

En efecto, durante los decenios que siguieron a esa pandemia se produjo un notable incremento de los salarios a causa de la escasez de mano de obra. También hubo importantes migraciones del campo a las ciudades, que recuperaron su dinamismo. Los campesinos, por su parte, pudieron acceder a muchas tierras antes abandonadas y crecieron las explotaciones medianas, que permitieron mejorar el comercio agrícola. Por estos motivos, son muchos los autores que sostienen que la mortandad provocada por aquella peste pudo acelerar, al mejorar las condiciones sociales, el arranque del Renacimiento y el inicio de la Edad Moderna.

A principios del siglo pasado, durante la Primera Guerra Mundial, se padeció la mal llamada «gripe española», así denominada porque ninguno de los contendientes quiso que se dijera que se había originado en su bando ni que había, por tanto, afectado a sus propias tropas. Y nos la endosaron a nosotros, que, permaneciendo neutrales, teníamos una prensa menos censurada que la de las potencias en guerra.

Aquella primera pandemia del siglo XX, junto —sobre todo— a los duros términos del tratado de Versalles, tuvo sin

duda sus efectos. Surgió el nazismo en Alemania y se afirmó el comunismo en Rusia y en China. Esta combinación provocaría la Segunda Guerra Mundial, que con todos los cambios geopolíticos que se produjeron daría por terminada la Edad Moderna, para entrar de lleno en nuestra Edad Contemporánea.

Ahora, con la nueva pandemia, en un momento de progresos tecnológicos espectaculares, enorme inestabilidad mundial y desastres naturales sin precedentes, es posible que estemos a las puertas de una nueva era que podríamos calificar de «Digital» o «Numérica».

LA LUCHA CONTRA EL CAMBIO CLIMÁTICO

Hace algún tiempo, el agudo periodista catalán Jordi Évole, representante de una joven generación agnóstica y crítica del pasado, le preguntó al papa Francisco si creía que Dios nos perdonaría un día todo el mal que le hemos hecho a la naturaleza. El Santo Padre le contestó de inmediato que «Dios perdona siempre; los hombres, a veces, pero la naturaleza, nunca».

El ser humano se ha creído desde tiempos inmemoriales el dueño de la naturaleza y hoy más que nunca está provocando y contribuyendo a tantos desastres naturales que poco a poco la mayoría de las especies pueden ir extinguiéndose, y ante todo la nuestra, que es de las más vulnerables. Está claro que el planeta Tierra seguirá girando, aunque sin nosotros.

El fin de lo que llamamos «nuestro mundo» podría, pues, producirse no solo por una pandemia —que habrá sido únicamente una señal—, sino por la mala gestión que hemos hecho del planeta en los relativamente pocos miles de años que lo hemos habitado, principalmente desde el inicio de la era industrial, momento en que generamos un proceso

acelerado de destrucción de la naturaleza, cuando creíamos estar «progresando».

Hay quienes, hasta hace poco, decían que estamos asistiendo a una de esas eras de recalentamiento y sequías globales que se suceden como las de glaciación, que nada tienen que ver con la acción del ser humano. Sin embargo, siguiendo a nuestros científicos, yo opino que aunque esa tesis macro cósmica pueda ser correcta en cuestión de millones de años, hoy se está produciendo una clara degradación de la naturaleza a un ritmo acelerado por nuestra causa, y más nos vale en todo caso corregirnos. Si no somos, como parece, capaces de revertir de algún modo y con todos los medios tecnológicos a nuestro alcance la situación a medio plazo, mucho me temo que lo nuestro podrá haber sido la historia del fracaso colectivo de una especie llamada *sapiens*. ¡Qué inmensa ironía!

Algo más de un año y medio después de aquella conversación que provocó que me lanzara a escribir estas líneas, han sucedido y siguen sucediendo en el mundo muchas cosas, y la crisis sanitaria ha acentuado entre la población un renovado sentimiento de fragilidad respecto a nuestro ecosistema.

Sin embargo, en lo que respecta a la cuestión de preservar la naturaleza de su constante y acelerado deterioro, las dos importantes citas internacionales que han tenido lugar últimamente —la cumbre del G20, en Roma, y la Conferencia de Naciones Unidas, conocida como la COP26, unos días después,

en la ciudad escocesa de Glasgow— no han satisfecho las esperanzas en ellas depositadas. En Roma, las veinte naciones más desarrolladas del mundo abordaron durante dos días un abanico de retos que afectan a la humanidad, entre ellos, precisamente y de forma prioritaria, el cambio climático y la pandemia del coronavirus. Los grandes líderes mundiales se reafirmaron en el objetivo del histórico Acuerdo de París, de diciembre de 2015, por el cual se limitaba el alza de la temperatura del planeta por debajo de los 2°C y continuar sus esfuerzos para disminuirla incluso a 1,5°C respecto a los niveles preindustriales. Para mantener este objetivo, reconocieron que serían necesarios «compromisos y acciones significativos y eficaces de todos los países», lo cual venía a decir en otras palabras lo que ya se había dicho en París cinco años atrás.

El G20 acordó también dejar de subvencionar «a partir de finales de 2021» nuevas centrales térmicas de carbón en el extranjero, aunque no se anunciaron medidas de ámbito nacional ya que, en plena transición energética, muchos países se están dando cuenta de que no pueden asegurar sus suministros de electricidad exclusivamente con las energías alternativas como la solar y la eólica. Algunos países europeos, como Alemania, han abandonado demasiado deprisa, a mi modo de ver, la energía nuclear. Finalmente, en el G20 se reafirmó el compromiso de movilizar 100.000 millones de dólares anuales hasta 2025 para permitir a los países en desarrollo

afrontar el cambio climático. Todo fueron buenas palabras, pero nada más.

Respecto a la pandemia, se comprometieron a adoptar «medidas para ayudar a reforzar el abastecimiento de vacunas» en los países en vías de desarrollo, con el fin de alcanzar los objetivos mundiales de vacunar al menos al 40 % de la población en todos los países para finales de 2021 y al 70 % para mediados de 2022, objetivos que a los expertos les parecen excesivamente modestos y limitados.

En Glasgow, a pesar de la presencia de 200 naciones y más de 50.000 delegados de toda clase de ONGs, representaciones populares, empresas, grupos de presión políticos o simplemente sociales, los resultados fueron decepcionantes, dado lo poco que se ha avanzado desde la que se consideró «histórica» Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992, a la que tuve el honor de asistir representando a la Comisión Europea en mi calidad de director general para las relaciones Norte-Sur. Allí, los líderes mundiales del momento adoptaron un plan conocido como la «Agenda 21», un ambicioso programa de acción para el desarrollo sostenible global. Sus grandes áreas de actuación eran básicamente la lucha contra el cambio climático, la protección de la biodiversidad y la «eliminación de las sustancias tóxicas emitidas».

Así pues, en Río se puso la primera piedra en el proceso de atajar las consecuencias del cambio climático, incluso en un

momento en que los conocimientos científicos estaban mucho menos avanzados que hoy y la opinión pública menos movilizada. Los representantes políticos allí presentes, sin mucha presión mediática que yo recuerde, firmaron diversos compromisos sobre biodiversidad y cambio climático, y declararon como uno de los principios aprobados algo tan evidente como que «a fin de alcanzar el desarrollo sostenible, la protección del medio ambiente deberá constituir parte integrante del proceso de desarrollo y no podrá considerarse de forma aislada». Las conclusiones de Río no contenían compromisos concretos, pero reconocían ya la posibilidad de una catástrofe ecológica como consecuencia del «efecto invernadero» y la necesidad de limitar las emisiones contaminantes que lo causan.

En aquella primera cumbre de 1992 participó Fidel Castro que, en una de sus más cortas intervenciones públicas que se recuerdan (¡unos cinco o diez minutos!), aprovechó para acusar a Estados Unidos de todos los males que acechan a la Tierra. Después vendrían la cumbre de Berlín de 1995, la de Kioto de 1997, la de Buenos Aires de 1998, la de Marrakech de 2001, la segunda de Río, en 2012 y, finalmente, la de París de 2015, en la que la principal decisión fue —como se ha visto— la de limitar el aumento de la temperatura de la Tierra a menos de 2°C para 2025.

A pesar de tantas reuniones, la situación no hace sino empeorar, y —por más que se diga— el mundo científico no

cesa de avisar, como hacía ya el genial científico y gran divulgador Carl Sagan en los años 80 del siglo pasado. Sagan no se cansaba de intervenir en las universidades americanas e incluso en las comisiones del Senado de Washington, alertando que los efectos de lo que entonces estaba pasando eran cuestión de más de una generación humana, y a pesar de que pensáramos que no era nuestro problema, tendría consecuencias a largo plazo («this question occupies more than a human generation, we think it is not our problem, but has long term consequences»)².

Hoy, el mensaje en Glasgow ya no ha venido de un eminente científico aislado, sino del IPCC (Intergovernmental Panel on Climate Change), que ha confirmado a los presentes que en el mundo se está produciendo cada década un aumento intenso de la temperatura, con cifras récord respecto a las anteriores, y que ese efecto se da en todos los lugares del mundo sin excepción. Se ha demostrado igualmente, por si algunos pretenden seguir negándolo, que la actividad humana influye en este cambio climático que se manifiesta a través de fenómenos cada vez más intensos y frecuentes de sequías, inundaciones, incendios forestales, huracanes y degradación de los fondos marinos, esta última debida al aumento de la temperatura de los océanos. «El cambio es urgente para evitar un

2. Carl Sagan, testificando ante el Congreso de los Estados Unidos. 19 de diciembre, 1985.

caos a nivel mundial», nos han dicho. «Es irreversible y solo podemos reducirlo», nos han alertado. La ciencia es clara y en Glasgow todo esto por lo menos se ha reconocido, pero es necesaria una acción sin precedentes para reducir el progresivo calentamiento global del planeta.

Estamos, pues, ante la evidencia de unos cambios que son a la vez intergeneracionales y globales, es decir, que los experimentan todas las generaciones y afectan a todo el mundo simultáneamente. Los descubrimientos antes se producían casi por casualidad, pero hoy todo está programado de antemano y sabemos lo que ocurrirá con un alto grado de precisión; aunque no podamos pronosticar exactamente cuándo, podemos ver que hay glaciares que desaparecen en seis semanas...

La ausencia de una toma de decisiones en Glasgow debida a la miopía de unos gobernantes que no son capaces de poner las luces largas para ver las cosas con algo más de perspectiva, así como la persistencia de una pandemia que demuestra que los virus son cada día más difíciles de combatir por el hombre, nos están trasladando a un futuro que nos resistimos a afrontar y que dejamos en manos de las nuevas generaciones. Por fortuna, estas sí son perfectamente conscientes de lo que les espera y están dispuestas a luchar, como lo están ya demostrando. Aún hay, pues, esperanza, que es lo último que se pierde.

EL POSIBLE FIN DE LA HEGEMONÍA DE «OCCIDENTE»

Durante estos últimos tiempos, para quienes nos consideramos herederos y defensores del legado del Renacimiento y la Ilustración, parece que en nuestros países, llamados «occidentales», no todo son buenas noticias.

No solo hemos estado intentando salir de la primera gran pandemia de nuestro siglo, sino que también estamos asistiendo a un cada vez más aparatoso cambio climático. Somos nosotros, como nos demuestra la ciencia, los principales responsables, aunque no los únicos, del actual calentamiento global y del desastre ecológico producido por un uso abusivo y sin precedentes de gases de efecto invernadero, de los hidrocarburos y de todos sus derivados. Y, sin embargo, seguimos prescindiendo de energías más limpias como la de la fisión nuclear y no desarrollamos la nueva y más avanzada tecnología de la fusión, que no produce residuos radioactivos y se puede llegar a obtener con costes negativos. Lamentablemente, por presiones de grupos ecologistas excesivamente ideologizados y no lo suficientemente bien informados, la